

30 DE JUNIO DE 1878.

Madrid.

Pues, señor, no hay mas remedio; si quiere usted vivir, es preciso que aproveche las primeras horas de la mañana y las últimas de la noche. Por la mañana, al Retiro, y por la noche, al Retiro tambien.

Cuando despunta el alba, sombrero redondo de castor blanco ó un opulento gipijapa y las alpergatas distinguidas hoy en uso; por la noche algo mas peripuestos y acicalados...

Por la mañana y por la noche, igualmente, aburridos.

Esto es de cajón. Porque ya estamos de mas en Madrid. Nosotros nos debemos á la moda, á la civilización, á la humanidad, al universo.

Esta noche he venido á la redaccion por barrios extremos de Madrid y he observado que no se pierden las buenas costumbres, en lo que antes se llamaba pueblo bajo.

De día, claro está, lo mejor sería meterse en casa, cerrar las ventanas, formarse una noche artificial y esperar que llegase la noche verdadera... Pero el pueblo bajo no puede hacer esto; el pueblo bajo ó trabaja durante el día.

Cuando llega la noche y el trabajador vuelve, toda la familia abandona la colmena; las casas quedan desiertas, llenas de bahos calidos; y los habitantes, en mangas de camisa—salvo los chichuelos, que visten aún con mas sencillez—sacan cada uno una silla y se establecen en la calle; tal vez dejando libres las aceras, por respeto á los reglamentos y cortésia á los transeúntes; tal vez, y es lo constante, cerrando el paso y desviando á los que van y vienen hacia el arroyo.

Se forman grupos ante las puertas, se hacen orros; se habla, se canta, se toca la guitarra, se murmura un poco de las vecinas y cuando empieza á soplar el fresco, las madres previsoras dicen: ¡Ea, todo el mundo á casa!...

Porque esta es la vida.

Buscar lo que huye; huir de lo que nos busca.

Esto no impide que los teatros continúen dando funciones por si alguno prefiriese sus pintados techos á las empolvadas hojas de los árboles.

En la Alhambra se canta la ópera cómica, espectáculo á propósito para el estío, por su trages, por sus chistes y por su mora transigente y ligera; y la ópera cómica alterna con la ópera seria; ópera de invierno, que trae á la memoria noches de teatro Real; noches de nieve y lluvia, de constipados y pulmonías.

Acaso la empresa ha dispuesto este género de ópera á fin de que nos refresquemos con tales recuerdos.

A decir verdad, el espectáculo ofrecido al público en el circo de Madrid, es variado: es una ensalada rusa; piezas en un acto, cantables, bailables y representables, revueltas con saltos mortales, planchas, juegos icarios y hasta ejercicios de cañón.

Apolo-ameniza tambien su repertorio con entremeses de fonógrafos y juegos de manos.

El hombre-muralla del circo de Madrid es un hermoso ejemplar de la raza humana.

Es la mas eficaz impugnación de las teorías darwinianas.

¿Cómo puede descender de un mono hombre semejante?

Habia una gran curiosidad por ver á Hóltum coger en sus manos la bala disparada por el cañón. Se hacian cálculos acerca de la violencia que lleva una bala en cada una de las distancias que recorre; se discutía la cuestión seriamente.

Porque el fondo del carácter humano es la credulidad... Sobre la credulidad está fundada la organización social, política y religiosa de todos los pueblos.

Las cosas absurdas son precisamente las que mas cree el hombre; por ellas se agita, vive y muere; por ellas hay guerras entre naciones y odios de raza.

¡Qué extraño, pues, que el hombre, que tales cosas cree; crea cosas de tan poca trascendencia como el que Mr. Hóltum coja una bala lanzada por el cañón!

¿Cómo de poca trascendencia? Pues si todo el mundo pudiera detener las balas de cañón en el aire se habia destruido la guerra moderna.

¡Cierto. Mas grave sería entonces batirse con pelotillas de papel.

Si hay cosas que no deben creerse viéndolas, hay otras que forzosamente han de creerse. El juego de las balas que Hóltum lanza á gran altura para recogerlas luego sobre la espalda, el pecho y los brazos, es un juego que espanta.

Qué desgraciado ha sido Mr. Hóltum. Si hubiera nacido en la antigüedad, hubiera derribado con el dedo menique á Hércules y su hazaña hubiera sido cantada por Homero.

Un periódico nos dice que hay 16 teatros en Madrid y que se está levantando el núm. 17 en la Corredera baja de San Pablo.

Este teatro, por la proximidad á la casa en que vivió el autor de *El sí de las niñas*, se llamará *Teatro de Moratin*.

Nada hay en esto de particular; pero es el caso que una persona aficionada á la estadística se le ha ocurrido decir que hasta hoy ningún teatro que ha llevado el nombre de algun autor ó actor célebre ha hecho fortuna.

El teatro Rómulo se quemó.

El de Breton... ¡Oh vicisitudes del tiempo y de las musas!... está convertido en una esterrea.

El de Lope de Vega (Los Basillos) se hundió en parte y en parte se quemó.

Y por último, el de Lope de Rueda, ha veni-

do á ser *Skating-Rink* y conservatorio nacional de canto flamenco.

He aquí, pues, el porvenir que le espera al nuevo teatro, según los augurios:

Hundirse, quemarse, convertirse en estereotipo, rasomarse en salón de correr patines ó en ventorrillo ilustrado.

Lo dice la estadística y no puede fallar.

La estadística es el fatalismo moderno.

Nosotros cambiáramos el nombre al teatro.

En obsequio del mismo Moratin.

Ustedes dirán que quién me manda ocuparme de tan graves asuntos... Yo me callaría si esta guerra del porvenir no perteneciese al repertorio de la zarzuela.

Si, señores, el gobierno, mas aún, un gobernador militar, ha dictado órdenes para que se impida toda comunicación con aquel Estado.

¿Que Estado?

El valle de Andorra.

Parece que allí se fomenta el contrabando.

Allí se organizan partidas encargadas de recoger contribuciones en tierra de España.

Allí se albergan los que estan mal avenidos con los tribunales españoles.

Allí, en fin, suceden una infinidad de cosas graves que no puse en música Gaztambide.

Todo se arreglara, sin duda, y no habrá necesidad de que se realicen las amenazas de los diarios ministeriales.

El valle de Andorra no es el peñasco de Gibraltar.

De como una zarzuela podría elevarse á drama.

En los tranvías de Madrid á Carabanchel se emplean ya las locomotoras.

Veán Vds. la petición que un diario hace con este motivo.

Que no se admita mayor número de personas que el que permita la capacidad de los coches.

Que no se admita á los ebrios.

Que se castigue á los chichillos que arrojen piedras á los viajeros.

Y que la empresa ponga guarda-agujas.

Difícil que se consiga fácilmente la eliminación de los ebrios, porque generalmente les da la turca por no confesarlo, y su resistencia á prescindir de los últimos progresos de la civilización, sera tan grande como si se encontraran en el perspicuo estado de un areopagita.

Y luego... ¿cuántos suben en los coches del tranvía que por su mala educación, por sus voces, por su desvergüenza son peores que los ebrios, pues lo parecen?

La observación del periódico á que me refiero respecto á la aglomeración de gente en los coches del tranvía, me parece justa, y mucho mas haciéndola extensiva á los demás tranvías de Madrid.

Yo, sin embargo, limitaré mi exigencia á una sola parte.

Permítase subir á todo el que quiera en el tranvía; puesto que quiere ir mal, que vaya; si en las aperturas de la subida y la bajada le roban el reloj, que se le roben; si por ceder el sitio á una señora ha de ir de pie hasta la Puerta del Sol, que no vaya sentado.

Pero creo que debe exigirse á las empresas que el ganado de cada coche esté en proporción del número posible de pasajeros que debe arrastrar.

Lo que en la actualidad sucede es que se ocupan los asientos y las plataformas, y después la gente se alinea en el pasillo interior del coche, y luego, por fin, los transeúntes van quedándose en los extremos y agarrados á los pasamanos, y hasta unos de otros en racimos...

No es un tranvía, es un carro de mudanza que lleva de un punto á otro la carne viviente de la población.

Pues bien... Todo esto es arrastrado fatigosamente por sólo dos caballerías, que al enorme peso que las retiene, se alargan como si fuesen de goma elástica, y estas caballerías, apenas llegan al ascenso de una pendiente se detienen, se estancan y se niegan á proseguir su camino.

Y es sabido, donde se interrumpe la locomoción empieza el látigo, los gritos y los juramentos...

Es un espectáculo repugnante.

Y como me decía un socio de la Protectora de animales:

—El hombre está en un error: cree que los rails se inventaron en beneficio suyo, cuando en realidad se inventaron en beneficio del caballo y de la mula. ¡El hombre es un malvado!

Por algo se inventaron los rails; mi amigo tiene razón... Un coche de tranvía hoy es una carreta; mejor pintada; pero con sus accidentes novelescos, pintorescos y característicos.

—Pero ¿qué ha hecho este pobre virey de Egipto para que le hayan destronado?

—No pagar sus deudas.

—¿Qué tiempos! ¡Una Constitución tiene menos fuerza que un pagaré!

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

La verdad sobre el Quijote, novísima historia crítica de la vida de Cervantes, por D. Nicolás Díaz de Benjumea. —Un vol. de 344 págs.—Madrid: Gaspar, 1878.

Ni en el pensamiento, ni en el desarrollo, ni en los por menores de la inmortal obra de Miguel de Cervantes hallamos motivo nosotros para la mayor parte de las disquisiciones en que se pierden muchos admiradores del insigne escritor cuando tratan de desentrañar maravillas de intención ocultas bajo las maravillas de ingenio y de lenguaje que todos saboreamos en aquel clásico monumento.

Son laudables los esfuerzos de esa escuela; es meritorio su empeño; creemos dignos de aplauso sus trabajos, por el propósito y la

constancia que revelan; pero ni el éxito coronara sus tareas, ni ganaran mucho la crítica y la historia literaria de nuestra patria, con que en ese estudio exegético del *Quijote* se profundice mas que en el exámen de las leyes de Justiniano. El tiempo, maestro de verdades, lo abonara, ya que no lo hayan justificado las observaciones con que acogen escritores de indudable mérito los trabajos de los cervantistas.

Consignado esto en cuanto á la crítica que el Sr. Benjumea hace de Cervantes y de sus obras, el *Quijote*, sobre todo, y en cuanto al sentido que atribuye á sus concepciones y á la explicación que da, mas ingeniosa que sólida, de varios personajes y episodios de aquel libro, no hemos de negar al resto de la obra que inspira estas líneas todos los elogios que merece. Como biografía de Cervantes nada hay tan completo y cuidadosamente hecho. Dedicado á esos estudios con fruto el señor Benjumea, desde hace muchos años, nadie podría reunir con tanto acierto y gusto el resultado de las investigaciones de gran número de cervantistas, y el de su propia reflexión sobre la vida y hechos del manco de Lepanto.

El Sr. Benjumea, además, no aventura afirmaciones históricas sin haberse convencido de la solidez y fuerza de los argumentos que las justifican, y ésta es una garantía que da á su libro autoridad extraordinaria entre todos los que se consagran á aquel propósito.

En pocas palabras: si no puede vanagloriarse el Sr. Benjumea de haber dicho en este libro la verdad sobre el *Quijote*, si le cabe la honra de haber escrito una novísima historia crítica de la vida de Miguel de Cervantes, digna bajo todos aspectos de ese nombre.

La impresión de este volumen es buena. Lo ilustra una bella lámina, copia del retrato de Cervantes hallado en un cuadro de Pacheco en el Museo de Sevilla.

Revista de Andalucía, dirigida por D. Antonio Luis Carrion. —Malaga.

Malaga no es un centro literario, como fué Córdoba y sigue siendo Sevilla. Malaga es un pueblo comerciante é industrial llamado á ser, el día en que terminen las obras de su puerto y cuando se desenvuelvan los preciosados elementos de riqueza que esa región atesora, una de las mas importantes escalas del Mediterraneo, la primera ciudad de Andalucía y quien sabe si la segunda de España.

El desarrollo de los intereses materiales, la prosperidad y el bienestar de los pueblos han preparado muchas veces un florecimiento intelectual y artístico. Aunque Malaga no es un centro literario, hay en su seno gérmenes de ese florecimiento intelectual. De las artes no hablamos, aunque la escuela pictórica malagita nace ahora con extraordinaria brillantez y asombra por los progresos que han realizado sus numerosos y entusiastas discípulos.

Entre esos gérmenes, al lado de gran número de periódicos políticos, de intereses materiales, literarios y festivos, debemos colocar la *Revista de Andalucía*, que dirige el Sr. Carrion. De esta Revista, que está en el 6.º año de publicación, se han dado á luz ya 15 tomos. Inserta, como todos los periódicos de su índole, artículos de historia, literatura, viajes, religión, política, ciencias, etc. Son colaboradores y redactores de ella los publicistas andaluces mas distinguidos, y sin encerrarse en un exclusivismo regional y antipatriótico, ni convertirse en órgano de esas aspiraciones provinciales exageradas, que al Mediodía de España, con mas sensatez que al Norte, no se revelan en una forma peligrosa y perturbadora, da á conocer el estado de la cultura en las provincias andaluzas, ofreciendo al observador atento esos pormenores que caracterizan el génio de un pueblo, distinguen sus condiciones, ilustran su pasado y explican su presente, contribuyendo á la mejora de su porvenir.

En sus últimos números, la *Revista de Andalucía* ha publicado trabajos muy interesantes. El que acaba de llegar á nuestras manos contiene, entre otros, un notable estudio sobre la representación política del Cid en el poema castellano, escrito por D. Joaquín Costa. El Sr. Costa sostiene que Rodrigo Díaz es una personificación del respeto al derecho, el amor á la justicia y el sentimiento de igualdad que nivela á todos los hombres, desde el rey al último vasallo, ante la autoridad suprema de la ley.

Un análisis minucioso del poema del Cid y de los antiguos fueros de estos reinos, son los fundamentos en que apoya su opinión el señor Costa, que discurriendo sobre estas materias histórico-políticas y literarias, emplea un lenguaje claro y comprensible, distinto del que ha usado en libros anteriores y que ya no volverá á emplear, si este último es un progreso de sus condiciones de escritor.

Apuntes para la historia de la caricatura por Jacinto O. avio Picon. —Un vol. de 139 páginas.—Madrid: 1878.

Estos apuntes forman una interesante monografía, escrita en estilo ameno y variado. El Sr. Picon acumula para aumentar su belleza y el interés con que lo acogerán sus lectores, gran número de datos sobre el origen y proresos de la sátira, dibu ada desde la antigüedad á nuestros días. La peregrinación que, guiado por el elegante escritor hace quien leyese á través de los tiempos clásicos, de la Edad Media, del renacimiento y de los siglos modernos, averiguando qué formas reviste y cómo se manifiesta el elemento cómico en las artes del dibujo, tiene extraordinario atractivo. El Sr. Picon, cuyas excelentes dotes de crítico eran ya conocidas de todos, acaba de afirmar con este trabajo meditado, su buen nombre literario.

Un libro para las jóvenes. Estudio social por María del Pilar Sinués. —Un vol. de 334 págs.—Madrid: Montoya, 1878.

Poco se diferencia esta obra de otras muchas que con títulos analogos ha escrito la señora Sinués. Es una serie de consejos morales expuestos en forma agradable á las damas. El

estilo epistolar preferido para este libro por su autora, da alguna novedad á sus consejos, y la dramática relación enlazada á la segunda parte, *Diario de una joven pobre*, está llena de interés y sentimiento.

La impresión de esta obra es excelente.

Otras publicaciones.—*El amigo de la infancia*, publicación ilustrada que hace la Librería nacional y extranjera de Madrid, es un excelente periódico para los niños.

Les ofrece una lectura tan amena como instructiva, láminas tan buenas como las que dan á luz las mejores revistas infantiles del extranjero, y esta, sobre todo, inspirada en el sentido moralizador y cristiano en que debe fundarse la educación de la juventud. Cuatro tomos correspondientes á los años del 76 al 79 se han publicado de este periódico, cuyos últimos números son dignos de elogio bajo el punto de vista artístico, literario y moral.

—*La Revista Contemporánea* inserta en sus últimos números extensos análisis de varias obras relativas á la historia de España recientemente publicadas en algunas capitales extranjeras. Por el juicio que de ellas hace esa autorizada publicación, comprendemos que esas obras tienen grande interés para el estudio de nuestros anales patrios. Son tres: *La guerra de sucesión de España*, por H. Reynal, (Paris, 1878); *La política de Austria en el asunto de la sucesión de España*, por A. Godecke (Leipzig), y *España en los siglos XVI y XVII*, colección de documentos históricos y literarios publicados y anotados por el distinguido literato A. Morel-Jatio, que en la actualidad representa con los Sres. Araus y Fanstenrath á los escritores españoles en el Congreso literario internacional de Londres.

—El Sr. Fanstenrath ha publicado el volumen V. de la *Wahalla*, de lectura tan amena y variada é interesante, como los anteriores.

—El Sr. Balaguer ha dado á luz el tomo IV de la *Historia política y literaria de los trovadores*.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.

Música y calabazas.

Desde que un escritor tan ingenioso como castizo, rompiendo antiguas preocupaciones, ha tratado del frío del verano y del calor del invierno, procurando demostrar que el mundo vive equivocado al tener por aterido al invierno y al verano por bochornoso, me parecería de poca novedad, sino del todo inútil, representar gráficamente al estío por un termómetro que señalase cuarenta grados. No nos dejemos engañar por las apariencias, no autoricemos con nuestra silenciosa resignación errores climatológicos; que no se diga de nosotros, como de los oradores malos, que somos esclavos de las frases hechas. Si la gente en esta época del año emigra á bandadas de las ciudades, y el sol tuesta, y no se puede vivir sino al lado del mar, no es porque hace calor, es porque la costumbre así lo ha dispuesto. Protestemos, pues, contra la costumbre. Eso del calor del verano es una antiqualla, y nosotros, que hemos abolido las melenas y el régimen absoluto, debemos desterrarla substituyendo la vulgar creencia por otra mas racional y fundada. ¡Pero qué va á decir el verano, ya árido y pobre de suyo, si le quitamos el dominio del calor! Seamos justos pero no seamos crueles. No dejemos al verano en la situación algo desairada de emperador viudo. Ya que le quitamos el del calor, otorguémosle por sufragio universal el imperio de la música y el imperio de las calabazas. Esos le pertenecen.

Dos imperios bien distintos, pero vecinos. La música: el lenguaje del amor. Las calabazas: el símbolo del desden.

Que es el verano la época de la música, nadie puede dudar. Asistimos á un concierto magnífico; al concierto de la naturaleza.

Los pajaros entonan sus alegres gorgeos; grillos y cigarras se dicen mil picardías canturreando sin cesar en la callada noche como si quisieran despertar al mundo con sus serenatas; los truenos tienen algo de la música trágica, y al oír

..... flotando en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas...

exclamamos pensando en el amor, *ahí está*.

Por que la música es el lenguaje del amor. ¿Qué sería del castillo de la Edad-Media, alzado en el solitario campo como un dominador de la vida, honra y riqueza de la plebe, triste y sombría barrera donde la familia y la religión se defienden, sin el amor que anidaba en ellos como en sus torres las arrulladoras palomas, y que de ese amor sin aquellas sentidas y melodiosas trovas, germen de tantas aventuras como alegre se entretiene en inventar ardiente fantasía? Allí, al pie de los muros que ennegreció el tiempo y hace verdegear la influencia de la yedra, ¿cuántas veces el enamorado doncel y el vagabundo uglar pararonse á entonar acompañados del laúd, sentidas trovas que encontraban eco en el alma de la gentil doncella! ¡Cuántas el majestuoso silencio de la noche dejó oír las protestas de dos amantes que se valían de la música para contrastar sus alegrías y sus esperanzas! Y eso que allí la música no tuvo tan entusiastas admiradores como entre los árabes.

Nadie tan aficionado á la música como ellos. Su amor es una plegaria; sus quejas y sus alegrías, notas escapadas de su guzla á quien el corazón las trasmite; sus cantos tienen siempre algo de la tristeza de un suspiro; son sus lamentos una lágrima que la melodía arranca al alma, y hasta sus mas terribles pasiones tienen en el divino arte exacta y fidelísima expresión. Los árabes son verdaderos artistas, por eso aman tanto la música y las flores.

Un pueblo ha heredado esa carácter, Andalucía. En el verano, de noche, en las oscuras y desempedradas calles de los pueblos, se ven por todas partes novios entretenidos en dulce colloquio á través de una reja, puesta no solamente para impedir los excesos del amor é para recordarlos. De cuando en cuando se oye el rumor de un beso, luego promesas de eterna constancia, luego, la ventana se cierra y al poco

tiempo suena en la calle la alegre algarabía de una serenata popular: son los mozos del pueblo, rondadores nocturnos que con sus guitarras y bandurrias vienen a festejar a la enamorada doncella. Esa es la noche del amor, noche feliz, cuyo recuerdo vivirá siempre en nuestro corazón, sin que basten a borrarla ni los desencuentros ni el tiempo. Bendita sea.

La música, no obstante esas virtudes, tiene también enemigos ¡quién no los tiene! No se atreven a combatirla frente a frente, y emplean contra ella el arma del ridículo, diciendo del absurdo, de la mentira, de lo inútil y de lo extravagante «todo eso es música».

Protexámonos contra esa acusación injusta. Los que eso dicen, son los mismos que tienen por ligeras las calabazas, y, sin embargo, las calabazas son muy pesadas. Abundan como la envidia, y pesan como el desprecio o el desengaño. Pero se dirá: ¿Qué relaciones hay entre el verano y las calabazas para que se le dé el imperio de ellas? Grandes relaciones. En el verano no hay sólo las calabazas que en el campo se erian, sino también las que se cosechan en las universidades, y aunque la abundancia de ellas no fuera motivo bastante para que la juzásemos fruta veraniega, la verdad es que en el verano se olvidan de la modestia que la compañía de los peregrinos debió enseñarlas, cobran humos aristocráticos y se lanzan a acometer empresas atrevidas y descabelladas.

Parece que por su gravedad y pesadez, las calabazas debieran estar quietas; pero no sucede así, sino que reducidas a la generalizada costumbre de veranear, emigran; y como si fuesen personajes de suposición, no se contentan con ir a las azules playas del Mediterráneo o a las revueltas y traicioneras del Cantábrico.

No se sabe si hicieron el viaje en la vara de un peregrino o entre el burdel de un tren de recreo, al que prestaron auxilio desempeñando las funciones del botijo, o si facturadas en un tren de mercancías como parte esencial del equipaje de las señoras; ello es que el milagro se hizo, y que en el verano las encontramos en todas las playas flotando alegremente sobre las aguas. Allí nadie las huye; todos las solicitan. No son un desden ni un desengaño; sirven de maestro de natación y de salvavidas.

La nudosa cuerda que une a dos calabazas, es el maestro favorito que las mujeres eligen para aprender a nadar. Sobre aquella cuerda que cine o torneado cuerpo, la mujer hermosa, con el cabello flotando sobre las aguas; los ojos vueltos al cielo, de cuyo azul robaron el color, y a cuyas estrellas no envidian la fulgurante luz; los blanquitos brazos, que rigidamente extendidos se mueven a intervalos, jugando con las olas, y el caprichoso traje de baño, parece un ángel dormido, que tiene por concha el mar y por fanal el cielo.

Por eso no es extraño que el hombre mire con cariño a las calabazas en el mar.

Yo he visto a una mujer dar a su amante las calabazas con que se bañó, y besarlas éste entusiasmado.

¿Que es cuanto se puede hacer tratándose de unas calabazas!

MIGUEL MOYA.

El color del cielo.

Cuando en las tardes serenas de mayo el sol va a ocultarse, toma la atmósfera un color azul muy bello, un azul que a nada se parece, porque nada, ni aun los ojos de una mujer, revisten un carácter de hermosura como el azul de nuestro cielo; mas, ¿qué se debe este color y cómo se produce? Al hacernos esta pregunta nos encontramos frente a un problema de bastante trascendencia, cuya resolución es de alto interés en física y meteorología. En este artículo vamos a exponer, reducida a sus más elementales principios, la teoría de la coloración del cielo tal como en el día se admite.

Para darse una idea clara de por qué la atmósfera es azul, preciso será recordar, en primer término, las acciones que la luz ejerce sobre los vapores, asunto de que ya me he ocupado con las extensiones debidas en otro artículo. Es indudable que cuando la luz atraviesa una atmósfera cargada de vapor de una sustancia cualquiera, se determina su paso a líquido, pero en un estado tal de tenuidad, en un grado de división tal, que presenta todo el aspecto de una nebulosa o de una neblina; estas nebulas presentan ciertos caracteres que es necesario tener muy en cuenta. Si se mira el precipitado obtenido con la luz a través de un prisma de Nicol, en el sentido de sus dos diagonales, se observa que es mayor la cantidad de luz que llega al ojo cuando se coloca el prisma de manera que la diagonal mas corta sea vertical; mirando la nube azul a través de la turmalina podía observarse que la mayor cantidad de luz llegaba en el caso de ser perpendicular el eje del prisma, al eje del haz luminoso, fenómeno que se observa aun en el caso de hacer girar el cristal de turmalina, conservando siempre en el eje la misma posición perpendicular al eje del haz luminoso, porque siendo paralelos, se obtenía el mínimo de intensidad.

Este hecho de la formación de nebulas azules por la condensación de los vapores, hace pensar si podrá atribuirse a la misma causa la coloración azul de la atmósfera. Si se observa lo que pasa cuando se hace pasar la luz por una atmósfera en que haya vapor de un cuerpo que sea poco volátil y pueda precipitarse en forma de nube, se ve perfectamente que al principio del experimento esta nube es de un azul perfectamente puro; pero a medida que la descomposición es mayor, las gotas del líquido, antes microscópicas, se hacen mayores y el color comienza a acompañarse con tintas blancas. La intensidad de la luz parece gozar un papel importantísimo en el fenómeno; si la luz es muy fuerte, la nube es ya desde el principio blanquecina; pero si es de una moderada intensidad, puede el color pasar por todas las tintas del azul y senar perfectamente el color del cielo.

Para explicar la coloración de la atmósfera suponemos que en las altas regiones se halla el vapor de agua en el mismo caso que el de los experimentos relatados; la luz actúa sobre él y le precipita en gotas de infinitesimal magnitud que forman esa nube de tan bello color azul; esta conjetura se encuentra justificada por la observación de las variaciones en la intensidad de esa coloración azul. Obsérvese sino que cuando el sol alumbra mas, el azul es mas claro y en ciertos lugares presenta una ligera tinta blanquecina; por la tarde y al salir el astro rey del universo, el azul del cielo es mas pronunciado y mas hermoso; hecho análogo al que pasa en los experimentos citados. Por lo tanto, está para nosotros fuera de duda que el color del cielo es debido al vapor de agua de la atmósfera, que por la acción de la luz se descompone como otro vapor cualquiera y forma un precipitado nublado de color azul, y esto se halla confirmado por una observación de Mr. Forbes, que ha visto colores muy vivos y hermosos en la columna de vapor que salía por la válvula de seguridad de una locomotora.

Las condiciones que debe tener el vapor de agua en las altas capas de aire deben ser semejantes a las que dan al vapor que ensayamos en las atmósferas artificiales; en efecto, a la manera que para producir artificialmente el color del cielo necesitamos tener el vapor muy entrecido, pues de lo contrario la nube que se forma es densa y blanca, aunque la luz sea poco intensa, la poca presión en las altas regiones de la atmósfera tie-

ne al vapor de agua en un estado de gran entrecimiento, y en este caso es como puede precipitarse en gotas de microscópica tenuidad. La uniformidad del color azul del cielo recibe también una explicación satisfactoria en esta teoría, y es una prueba de que el vapor acuoso está distribuido con uniformidad, esto se comprende muy bien desde que se sabe que los efectos obtenidos en todos los experimentos requieren, como condición precisa, la distribución uniforme del vapor, que solo se consigue en estado de gran rarefacción, porque en este caso hay menos resistencias, las moléculas gozan de mas soltura, y pudiendo girar en todas direcciones sin rozarse, mezclándose así con uniformidad el aire, la nube azul reviste en todas sus partes los mismos caracteres de intensidad luminosa.

Hay, no obstante, otra prueba mas concluyente en apoyo de nuestra teoría, cual es la semejanza en los fenómenos de polarización obtenidos con la luz azul del cielo y la de las nebulas obtenidas artificialmente.

John Tyndall, que se ha dedicado a este género de observaciones, hizo experimentos usando el prisma de Nicol, la turmalina, el yeso y la selenita, y pudo obtener un cuadro tan completo de observaciones, que la teoría expuesta ha tomado desde entonces carta de naturaleza, y es en el día aceptada por todos los físicos.

A la manera que los fluidos presentan dos modos distintos de acción uno en cada extremo, existen ciertos cuerpos que poseen esta dualidad de acción para la luz, fenómeno que recibe el nombre de polarización. Y es un carácter especialísimo que revisten los cristales ortorómbicos; en el sentido de un eje actúa la luz sobre ellos de una manera muy distinta que en el sentido del otro, notándose que esta característica de polarización sirve perfectamente para demostrar la identidad de dos focos de luz así que si se nos diesen dos montañas luminosas que, en igualdad de circunstancias, ofreciesen los mismos caracteres, cuando sus rayos se polarizan del mismo modo, diríamos al momento que eran idénticas.

Obtenida una nube azul artificial, y mirada a través del prisma de Nicol, interponiendo placas de yeso o cuarzo, al momento se ven aparecer los colores de la luz polarizada, que presentan la intensidad mayor cuando el rayo visual formaba un ángulo recto con el tubo en que se hacen los experimentos. La placa circular de yeso, que Tyndall empleaba, era mas delgada en su centro que en los bordes; colocándola en posición adecuada, podían verse anillos muy colorados; de nube donde se deduce que un precipitado en forma de polariza la luz que le ilumina, polarización que ocurre y decrece de una manera muy particular; obsérvese, que en tanto las gotas precipitadas son bastante tónicas, la dirección en que la polarización adquiere su grado máximo, forma ángulo recto con el rayo de luz que ilumina la nube, siendo el ángulo de polarización de 45 grados.

En el caso de poder obtener el agua suficientemente dividida, se obtendrían efectos iguales; luego si existe en gotas infinitamente pequeñas en las altas regiones de la atmósfera, producirá por polarización el color del cielo y esto no es inconcebible si se tiene en cuenta que para el calor radiante el oxígeno y el nitrógeno tienen la misma acción que el vapor, por tanto el vapor de agua, en las superiores regiones del aire, debe estar perfectamente frío. Por estas razones nos parece muy justificada la opinión de Tyndall en este punto. «Supongamos, dice el ilustre físico en una nota presentada a la Sociedad real de Londres en 16 de diciembre de 1865, que nuestra atmósfera se halla rodeada por un medio impenetrable a la luz; pero previsto de una abertura en el sitio del sol, por cuya abertura penetra un haz de rayos de luz que atraviesa la atmósfera. Rodeado en todas partes por el aire, que no estaría iluminado directamente, la traza de este haz se parecería a la de la luz eléctrica proyectada a través de una nube obtenida con un vapor cualquiera, por tanto, presentaría el color azul en unas condiciones esencialmente iguales a las de los experimentos relatados».

Ensayando el mirar el cielo azul a través del prisma de Nicol, en las mismas condiciones que las determinadas en la observación de las nebulas azules artificiales, se obtiene la polarización con iguales caracteres, revistiéndose siempre, como signo especial, que su grado máximo se halla, cuando su dirección forma ángulo recto con la dirección de los rayos solares, exactamente lo mismo que en el caso de la luz eléctrica y las nebulas artificiales; de modo que a la vista de estos hechos, que a la ligera hemos apuntado, puede establecerse con todo rigor la teoría de la coloración azul de la atmósfera, atribuyéndola a la polarización de la luz solar, al atravesar una nube tenue y uniforme, formada de gotas infinitamente tenues de vapor de agua, cuya existencia en la región mas alta de la atmósfera es efecto de que el aire no tiene poder sensible para el calor radiante.

Hay un medio, excesivamente sencillo, debido a Brücke, para reproducir el color del cielo. No hay mas que disolver resina pura en alcohol, éir echando esta disolución gota a gota en un vaso de agua; si se tiene cuidado de agitar el líquido, y el alcohol y la resina están en proporciones convenientes, esta se precipita en partículas de tenuidad infinita. Si entonces se mira el líquido por reflexión, se ve de un hermoso color azul, semejante al mas hermoso que presente nuestro cielo en tranquilo día de mayo; por refracción presenta todas las tintas de la aurora: es primero amarillento, luego cuando el precipitado aumenta, parece color de naranja, y poco a poco va pasando a un rojo tan vivo como el de los celajes de las tardes de estío.

Este experimento tan sencillo, que puede reproducirse cuantas veces se quiera, es la confirmación de nuestra teoría, y mejor aun de que la polarización de la luz del sol no se hace del mismo modo en todas las regiones de la atmósfera; en efecto, para el color azul, la luz está reflejada, mientras que para el rojo y todas las tintas de la aurora tiene que haber sufrido una refracción; por esto se concibe bien que si no hubiese estas gotas microscópicas de vapor de agua en las superiores regiones del aire, el firmamento sería perfectamente negro, se asemejaría al sol, visto desde la tierra, a lo que debe parecer cuando se le contempla desde la luna; este astro carece de atmósfera; un negro ocreo le envuelve por todas partes, y el astro de la luz no pinta las nebulas del hermoso carmin de nuestras tardes de estío; es solamente inmensa boquera que abraza las soledades muertas y silenciosas de la tierra lunar sobre la que brilla durante un día de catorce días.

En la atmósfera hay, por lo tanto, una especie de selección y reflexión de la luz; las partículas de vapor de agua es cierto que son incolores, mas su conjunto determina la reflexión de las ondas azules; si las partes del vapor de agua, que se precipitan en gotas de infinita tenuidad, no fueren tan pequeñas, no se concebiría su falta absoluta de acción sobre las ondas mas largas de la luz del sol, pues que tan solo tienen como simpatía para las mas cortas amplitud, que son precisamente las azules.

El origen del color rojo y carmesí se comprende muy fácilmente, según nuestro modo de ver estas cosas. En realidad, la luz cuando ha de atravesar una gran distancia en nuestra atmósfera, sufre una serie de pequeñas reflexiones, repetidas infinitas veces en su camino; en estos fenómenos pierde su tinta azul que se extingue poco a poco por absorción, y solo aparece con color carmesí por esta transmisión tan larga en la que ha perdido sus otros tonos.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

Ganarse la vida.

¡Salvese el que pueda! ¡Fuego en la Santa Bárbara! ¡Socorro! ¡Al asesino! ¡Ser pasado por las armas! y otras palabras y frases por el estilo, paralizan la circulación de la sangre en las venas de quien las oye, aun cuando su valor traspase los límites del heroísmo; pero ninguna de ellas, con ser terribles todas, encierra una idea tan aterradora como la frase que sirve de epígrafe a este artículo: ¡Ganarse la vida!

Nace el hombre, y aunque por este hecho,

independiente de su voluntad, adquiere el derecho de vivir, empieza a ganarse lo que posee poniendo en juego todas sus facultades hasta donde se lo permiten las leyes y costumbres del rincón que tuvo la honra de recibir la primera mirada de sus ojos.

Si nace en un país salvaje, tiene que sostener continuamente lucha ruda y tenaz con la naturaleza, madre amantísima que le niega su protección y cariño, a menos que él, tratándola como a madrastra, no la oblique a mostrarse amable y dadivosa.

En los países civilizados, además de luchar con la naturaleza, tiene que habérselas con sus semejantes, descendientes de aquellos dos hermanos que ensangrentaron el planeta cuando solo estaba habitado por tres hombres; y esta lucha, menos cruel en apariencia, supera a cuantas sostiene el salvaje en sus intrincados bosques y sus abruptas montañas; y la supera en proporción a la distancia que media entre el instinto y la inteligencia.

Y si es en España—y aquí entro en materia—las dificultades para ganarse la vida, escenden a toda ponderación.

¿A qué puede dedicarse hoy el español que no desee enredarse en las mallas del código penal?

¿A labrador? Los impuestos, los recargos, los apremios y las mil gabelas que pesan sobre tan honrosa y necesaria profesión, le harán descender a bracero el día que la Hacienda saque a pública subasta la última yunta de su labor.

¿A bracero? Pero quién no sabe que hoy emigran en masa a extraños países, o mueren en el suyo después de eclipsar la decantada sobriedad de los mojes de la Tebaida, arrancando de los campos cuantos tallos y raíces se prestan trabajosamente a penetrar en el aparato digestivo?

¿A industrial? Los talleres desiertos, los almacenes llenos por la paralización del tráfico, y la imposibilidad de satisfacer las cuotas al Tesoro, le obligarán a seguir por otro camino.

¿Solicitará un empleo? Aparte de la dificultad de alcanzarlo por la competencia establecida entre las siete u ocho dinastías—una por cada partido—de servidores del Estado, que andan destronadas por ahí, los empleos solo sirven en España para convencerse de la vejez de la fortuna, que hoy abate lo que ayer elevó, y para desarrollar hábitos de holganza, disculpables por la inseguridad de conservar el puesto.

¿Seguirá la carrera de médico, o la de abogado, o la de ingeniero? ¿Quién le aconsejará tal disparate, sabiendo que la enfermedad endémica ya en este país, el hambre, no se cura con jarabes ni tisanas; que nadie plettea porque nadie tiene nada; y que ni por equivocación se construyen puentes, ni caminos, ni canales, ni puertos?

¿Estudiará para sabio, o para literato, o para maestro de escuela? Y quien falta conscientemente a las leyes humanas y divinas que condenan el suicidio?

¿A qué dedicarse, pues, en estos felices y nunca bien ponderados tiempos?

Si es rico todo aquel que tiene asegurado el día siguiente, ¿cuantos españoles están hoy en condiciones de no inquietarse por el significado de la frase, «ganarse la vida»? Pocos, muy pocos, y de esos pocos, acaso ni la mitad tuvieran derecho, en estricta justicia, a esa tranquilidad y ese sosiego.

Atterra pensar en las angustias de cada instante y en los esfuerzos de cada hora, malogrados diariamente en España por la necesidad de ganarse la vida, ¿qué ganarse la vida? por prolongarla un corto espacio de tiempo; en los brazos cruzados por falta de trabajo; en las frentes humilladas por la miseria; en las almas heridas por la injusticia, y en los obstáculos que encuentran los hombres de buena voluntad para todo lo que se relacione con el bienestar material del país, base del progreso moral.

Goethe dijo «que solo era digno de la vida el hombre que luchaba diariamente por conservarla.» Admitiendo esa idea, bien podríamos los españoles, sin pecar de exagerados, creernos con derecho a la inmortalidad, pues nadie como nosotros lucha diariamente por conservar la vida, si bien con escasa fortuna.

JOSÉ NAKENS.

París.

El jueves de la anterior semana celebrábase en el palacio del Eliseo la última recepción con que Mr. Grevy había querido obsequiar a cuantos frecuentan habitualmente su residencia. Era, pues, la fiesta de despedida. Pocos días después aquel gentío innumerable sería dispersado a los cuatro vientos por los ardores del estío. Aquellos salones iban a permanecer solitarios y mudos durante seis meses: hé ahí por qué una brillante multitud se apretaba bajo aquellas doradas bóvedas, y por qué eran tan afectuosos los saludos y las frases de cariño que se cambiaban entre los concurrentes. Había allí mujeres de todos los países y de todos los colores; morenas, rubias, castañas... Había hombres de todos los partidos, desde el blanco lila hasta el rojo mas temible... que los hombres se diferenciaban principalmente por el color de sus opiniones, como las mujeres por el color de su cabellera. Cierta que algunas de estas no llevan la propia; pero ¿cuantos hombres hay, en cambio, cuya opinion es tambien postiza!

Sería próximamente la una de la madrugada del viernes cuando, huyendo del calor insoportable, Julio Simon, el general Wimpfen, Berard Varagnac (del Journal des Debats) y algunos otros periodistas de diversos países, nos refugiamos en una habitación de la planta baja, en el lado derecho del edificio.

Apenas Julio Simon puso el pie en aquella sala, quiso retroceder; yo creí notar en él cierta emoción contenida. Todos le miramos con alguna sorpresa.

—¡Oh, amigos míos! exclamó el distinguido hombre de Estado queriendo satisfacer nuestra justa curiosidad. ¡Es la sala del Consejo! ¡Huyamos!

—¡Huir! ¿Y por qué? murmuró uno de entre nosotros.

—¿No venimos a descansar? dijo sonriendo dulcemente el antiguo ministro. Pues bien, nos hemos equivocado de rumbo: en esos sillones no se descansa nunca.

Yo entonces pensé, contemplando el rostro de aquel sabio eminente:

—Hay hombres que no tienen derecho a descansar.

Aun no habíamos abandonado el *salon azul*, cuando Mr. Grevy entró de pronto rompiendo el sobre de un gran pliego que traía en sus manos. El jefe del Estado se retiraba de la fiesta cuando esta aún se hallaba en su apogeo; abría un pliego urgente y buscaba la sole dad. Le saludamos con respeto; él nos respondió con cortesía y salimos de allí.

No habria pasado media hora, cuando el presidente de la república volvió a aparecer en los salones.

Todos los que inocentemente habíamos sorprendido su entrada en el *salon azul*, comprendimos enseguida que algo importante habia sucedido; pero en vano intentamos adivinarlo en el semblante de Mr. Grevy. Notábase en su mirada cierta abstracción; sin embargo, conversaba tranquilo con cuantos le dirigian la palabra.

Hubo pequeñas apuestas entre nosotros; en que sucedía algo importante estábamos todos conformes; la cuestión consistía en acertar de qué género era la noticia. ¿Era triste? ¿Era satisfactoria? ¿Era internacional?

Nadie fué capaz de descifrar el enigma.

La fiesta continuó hasta las cuatro.

Cinco horas después; es decir, a las nueve de la mañana del mismo viernes, los periódicos bonapartistas daban la noticia de la muerte del príncipe imperial, y EL LIBERAL la anunciaba también a sus lectores de Madrid, próximamente a la misma hora.

Observar el rostro de Mr. Grevy es, pues, el camino mas largo para adquirir una noticia

Desde hace pocos días ha vuelto a flotar sobre París el *Globo caútico*.

Su reaparición me ha llenado de tristeza.

Cuando hace un año elevábase por primera vez el gigante de los aires, qué distinto aspecto presentaba París! Un inmenso enjambre de seres humanos poblaba los jardines del Trocadero e inundaba las galerías del Campo de Marte; los boulevares, las calles, los paseos, los hoteles, los teatros, el Sena, los lagos... todo era vida, animación y movimiento; el verano quedó suprimido: las compañías dramáticas y líricas funcionaban; multiplicábanse las recepciones oficiales y las *soirées* particulares; turbas de extranjeros marchaban con la boca abierta por en medio de la vía pública. ¿Qué tiempo es aquel? preguntaban en el Parque Monceaux, mirando la casa del guarda rodeada de columnas.

El cuadro que hoy presenta París dista mucho de ser ese. Teatros, recepciones, *soirées*... todo ha acabado ya. París entra en su época del año la mas monótona. Las grandes damas van a hacer penitencia a la Turena, a esa deliciosa Turena, como la llama Leon Gozlan, donde se ve el sol una hora cada quince días. Los artistas prefieren Saint-Germain, Bougival y Englihen; Offenbach y Meilhac se han instalado ya en el pabellón de Enrique IV, esperando que suene la hora de partir para Etréat. Sardou y Gaudinet trabajan tambien en la sombra, prometiéndose acaso llenar el invierno próximo con los títulos de sus obras los anuncios del boulevard.

Dentro de quince o veinte días, la deserción sera completa. Etréat y Dieppe han destronado a Trouville. Aquellos dos puertos serán este año los mas concurridos.

Y como varia en esto la moda! Hace algun tiempo, todo buen parisense iba a pasar dos meses en Wiesbaden, en Ems y en Nannheim. Hoy las orillas del Rhin están completamente abandonadas: los parisenses prefieren Vichy, Aix y Caunterets. El Rhin ha perdido mas viajeros franceses que habitantes hay en la Alsacia y la Lorena.

El atropello de que ha sido objeto Mlle. Ballange, actriz del tercer teatro francés, vuelve a poner sobre el tapete la cuestión de policía.

La simpática artista se aproxima anteayer a una administración de correos, echó en el buzón una carta y prosigue su camino en dirección al teatro, donde sus colegas la esperan para el ensayo. Un hombre se le acerca, y después de hacer varios elogios de su hermosura, la dirige la siguiente proposición:

—Teneis, señorita, un paraguas bastante viejo, ¿queréis que yo os conduzca en coche?

Mlle. Ballange se niega. El hombre insiste y la coge de un brazo. La jóven artista descarga un bofetón sobre el rostro del importuno galanteador: la multitud se apina en el lugar del suceso: dos *sergents de ville* llegan en este instante. El desconocido muestra a los guardias una tarjeta en que se lee: *agente de policía de las costumbres*, y se va libremente.

Casi en el mismo sitio es donde la célebre trágica Mlle. Rousseil fué igualmente acometida por otro agente secreto de la prefectura bajo pretexto de inspeccionar sus costumbres.

Conviene saber que Mlle. Ballange tiene veintidós años. Figurémonos por un momento que el novísimo D. Juan consigue hacer flaquear la virtud de la simpática artista, bien sea queriendo ésta evitar un chubasco. ¿Qué es lo que esto probaría? Que los agentes secretos no pueden inspeccionar las costumbres sin empujar por corrompirlas. Posible es también que el tenaz galanteador de Mlle. Ballange no se hubiese acordado de exhibir su honroso título si la actriz se hubiera mostrado con él menos fiera.

A quienes perjudica notablemente esta clase de policía, es a los examorados callejeros.

Van a tener que cambiar de sistema ó que inventar un nuevo repertorio. Muchos de ellos me dan lástima cuando, dirigiendo un requiebro a alguna graciosa transeunte, ésta responde con una mirada de desconfianza:

—¡Si será de la prefectura!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

París 27 junio 79.

Imp. de EL LIBERAL, a cargo de L. Polo, Almudena, 2.